

Para garantizar a la autocracia. Fuerzas armadas y fujimorismo en el Perú de los años noventa*

Guaranteeing Authocracy. The Army and Fujimorism in Peru at the 1990's

_____ Osmar Alberto Gonzales**

Resumen: En el presente texto se ofrece una interpretación de las relaciones establecidas en el Perú entre el gobierno de Alberto Fujimori (1990-2000) y los militares. Luego de explicar cómo surge y qué es el fujimorismo, se busca comprender cómo las fuerzas armadas, abandonando sus funciones profesionales, se convirtieron en personajes centrales de la política peruana. Para ello, se revisa rápidamente la historia peruana en el siglo xx para constatar que la intromisión de los militares en la política es un hecho recurrente en el Perú. Esto pone en evidencia la escasa profesionalización de las instituciones castrenses y la debilidad de la institucionalidad democrática del Estado peruano.

Palabras clave: Régimen político; Perú; Autoritarismo; Democracia; Fujimorismo; Fuerzas Armadas

Abstract: In this text we interpreta the relations established between Peruvian president Alberto Fujimori (1990 – 2000) and the army. After explaining what “fujimorism” is and how this was born, we are going to try to comprehend how the army, abandoning their professional functions, became a main actor in the political panorama of Peru. To do that we are going to review Peruvian history in the XX century to understand that the intervention of the army in politics is a constant in the life of the Peruvian Republic. This is evidence of the unprofessional condition of Peru’s military institutions and also the weakness of democratic institutions in the Peruvian government.

Keywords: Political Regime; Authoritarianism; Democracy; Fujimorism; Military

[79]

*El presente artículo es parte del proyecto “Democracia y formación del Estado en el Perú. Segunda mitad del siglo XX”, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Artículo recibido: mayo de 2007. Aprobado: junio de 2007

** Sociólogo. Magister en Sociología. Doctor en Ciencia Social de El Colegio de México. Profesor de la Escuela de Postgrado de Sociología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y de la Escuela de Postgrado de la Universidad Ricardo Palma. ogonzalva@yahoo.com; osmar.gonzales@gmail.com.

Introducción

En el mes de noviembre de 2000, y después de permanecer diez años en el poder, el ingeniero Alberto Fujimori abandonó —literalmente— sus funciones como presidente del Perú. Luego de una sucesión increíble de escandalosas evidencias de la corrupción oficial, desde el Japón —en donde halló refugio—, mediante una carta dirigida por fax al congreso peruano y pretendiendo escabullirse de sus graves responsabilidades renunció al gobierno, el mismo por el que había combatido usando todo tipo de artimañas. Por fin, los peruanos se desprendían de un autoritarismo cínico y corrupto, cuya fortaleza residía en la que le proveía el poder militar.

Las relaciones peligrosas con las fuerzas armadas, que caracterizaron al gobierno del ingeniero Fujimori durante todo el decenio del noventa, han sido uno de los aspectos básicos que ayudan a explicar la crisis de la democracia en Perú, luego del regreso a la vida constitucional tras doce años de gobierno militar (1968-1980). La primera gestión gubernamental del presidente Fujimori (1990-1995) fue la tercera de la joven e inexperta democracia en el país andino.¹ Cubierto por el mandato popular de los votos, se esperaba que fuera un gobierno que asentara las administraciones constitucionales; no obstante, el devenir de los años echó por tierra la esperanza democrática.

Fujimori —afianzado en el poder férreamente, apoyado por los militares incondicionales al régimen y el Servicio de Inteligencia Nacional (SIN) y dirigido por su tenebroso asesor, Vladimiro Montesinos— vulneró todos los principios democráticos: ausencia flagrante de respeto por los derechos humanos, ejercicio del poder de modo arbitrario, sujeción de las funciones del parlamento a la voluntad presidencial y permisividad ante la injerencia de las fuerzas armadas en la vida constitucional, distorsionando la constitución misma. Todo esto sin contar los altos grados de corrupción que permanecieron solapados durante todos los años noventa.

La consolidación del gobierno descrito necesitaba la larga permanencia del caudillo en Palacio de Gobierno. Por ello, con la manipulación de la interpretación constitucional, logró la reelección en 1995, y un nuevo periodo en el 2000, en un proceso electoral con claros ribetes de fraude que los sectores movilizados de la sociedad civil y la comunidad internacional —aunque

¹ Los dos gobiernos, después del regreso a la constitucionalidad, fueron el de Acción Popular (1980-1985) y luego el del APRA (1985-1990).

con matices— se empeñaron en revertir. De esta manera, el fujimorismo se preparaba para batir un récord histórico en Perú: llegar a los quince años de gobierno superando a la dictadura más larga de su historia, la de Augusto Bernardino Leguía en el llamado oncenio (1919-1930).

La centralización del poder en manos de un solo hombre ha llevado a algunos analistas —como el politólogo español, Juan Martín Sánchez—² a calificar al régimen fujimorista como dictadura comisarial, es decir, un gobierno llamado a solucionar problemas específicos (la hiperinflación y la guerra subversiva de manera básica) que cae luego en la tentación de volver permanente lo transitorio una vez enfrentados exitosamente aquéllos. Este afán de permanencia de Fujimori sólo lo podía respaldar el brazo armado del Estado, especialmente el ejército. Su presencia se hizo imprescindible por la carencia, por parte del caudillo, de una organización política real que lo sustentara o de un movimiento social que lo apoyara. Así las cosas, el ejército, que debía cumplir funciones específicas (salvaguardar el orden interno y externo), fue cubriendo rápidamente todo el cuerpo del gobierno hasta convertirse en su coraza y definir su carácter.

En el presente texto se ofrece una interpretación de las relaciones establecidas entre el gobierno de Fujimori y los militares. Al mostrar cómo estos últimos abandonaron sus funciones profesionales y se volvieron en personajes centrales de la política peruana. Sin embargo, dicho protagonismo no es nuevo en la historia de dicho país, sino un hecho recurrente que pone en evidencia la escasa profesionalización de las instituciones castrenses y la debilidad de la institucionalidad democrática del Estado peruano.

[81]

La organización de este artículo comprende, en primer lugar, una discusión de lo que representa el fujimorismo en tanto problema teórico para las ciencias políticas, especialmente respecto al tema de la crisis de la política y las transformaciones de ésta. Se trata de ubicarlo en la perspectiva politológica, pues resulta útil para marcar los límites dentro de los cuales se analiza lo que es definitorio del gobierno fujimorista, a saber, su carácter cívico-militar. En segundo lugar, y para entender dicho carácter, se realizará una corta revisión del papel de los militares en el Perú desde 1930, año del golpe de Estado en contra de Leguía, y que marcó el inicio de un periodo de enfrentamientos entre la alianza oligarquía-ejército contra las expresiones políticas anti-oligárquicas,

² Véase: Juan Martín Sánchez. “Fujimori: de la fortuna a la fama o cómo reinventar la democracia”. En: J. Raúl Navarro García (editor). *Sistemas políticos y procesos de integración económica en América Latina*. San Juan de Puerto Rico, Ediciones del Puerto, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1997.

especialmente el partido aprista. Este periodo concluyó en 1968, con el ingreso del reformismo militar dirigido por el general Juan Velasco Alvarado. Una vez presentado el panorama histórico se estará en condiciones de comprender la naturaleza del gobierno fujimorista en su relación con los militares, a partir de una idea central: el fujimorismo expresa un retroceso en las relaciones cívico-militares que hace recordar el “antiguo régimen” oligárquico peruano, el de la oligarquía. En tercer lugar, se extraen algunas consideraciones pertinentes para la discusión de lo que significa el fenómeno fujimorista tanto para el proceso político peruano como para el debate teórico desde la ciencia política.

Debe señalarse, para acotar los objetivos del presente trabajo, que el análisis propuesto se detiene en las vísperas de la caída de Fujimori, por lo tanto no se abordan temas como las razones de su derrota ni el papel que la sociedad cumplió en ello.³ Tampoco interesa reflexionar sobre las consecuencias de la corrupción descubierta, ni se realiza una evaluación del gobierno transitorio que lo sucedió (dirigido por Valentín Paniagua) ni del desempeño del gobierno siguiente, presidido por Alejandro Toledo. Este texto muestra, simplemente, el análisis de una manera de ejercer el gobierno que abarcó todo un decenio.

[82]

1. Fujimorización y crisis de la política

El surgimiento de Alberto Fujimori en el panorama político despertó grandes interrogantes entre los analistas. Dueño de un estilo polémico, sin tradición en la vida política, se enfrentó con éxito a lo que ya se había constituido como la clase política; estos, entre otros elementos, convirtieron a Fujimori en un personaje enigmático y cautivador. Es más, su figura y el proceso que encarnó se volvieron paradigmáticos para calificar otras experiencias nacionales. Es así que se hizo relativamente célebre el término fujimorización.

¿Qué significa Fujimori? ¿Sólo la expresión epidérmica de una crisis que corroe desde las capas geológicas más profundas a la sociedad peruana? ¿El

³ Para algunos analistas, como Romeo Grompone, la movilización social —por más importante que haya sido— no fue el detonante del desplome del fujimorismo. Véase: “Al día siguiente: el fujimorismo como proyecto inconcluso de transformación política y social”. En: Julio Cotler y Romeo Grompone (compiladores). *El fujimorismo, ascenso y caída de un régimen autoritario*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2000. Por otro lado, autores como Deborah Poole y Gerardo Rénique sostienen que sin la activa participación del movimiento popular, especialmente desde 1997, la caída del gobierno de Fujimori no tendría explicación. Véase: Deborah Poole y Gerardo Rénique. “Movimiento popular, transición democrática y la caída de Fujimori” [en línea], 2000, disponible en: <http://www.ciberayllu.com>, consulta: noviembre de 2000

resultado orgánico de cambios sustanciales operados durante las últimas décadas? ¿Cómo interpretar el llamado “fenómeno Fujimori” o fujimorismo?

Los siguientes son los elementos generales del contexto y la discusión teórica para ubicar al fujimorismo:

Según Norbert Lechner⁴ la época actual se caracteriza por la liberalización, la mundialización y la dependencia de los mercados financieros que condicionan las estrategias nacionales de desarrollo. No obstante, ello no significa que los factores internos pierdan importancia; por el contrario, la mantienen. Un claro ejemplo es la manera vertiginosa con que se expandió la crisis mexicana (el efecto tequila), precisamente por la comunicación instantánea que produce la globalización. Toda esta nueva situación pone sobre el tapete asuntos claves de la ciencia política, como el de la tensión entre economía y política, la gobernabilidad, la legitimidad del Estado y las posibilidades de construcción democráticas.

Asimismo, ubicado al interior del contexto descrito, se encuentra la llamada crisis de la política, la cual obliga a repensar las claves interpretativas que sobre ella se vienen utilizando.⁵ En la relación triangular que se establece entre Estado, sociedad política y sociedad civil, ninguna de estas partes puede sostener su naturaleza si no es a costa de mantener vínculos con las otras dos. Con respecto a la sociedad civil, cuando sucede un rompimiento de esta triangularidad o de una de sus mediaciones, ella (la sociedad civil) deja de ser la articulación de ciudadanos para retrotraerse a un conjunto de individuos e intereses atomizados. En ese contexto, el Estado ya no busca promover la articulación de los ciudadanos (esto es, crear un orden) sino, a lo sumo, modificar las conductas de aquéllos. De esta manera el Estado “se condena a ser un Estado sin política y reduce ésta a ser una política sin Estado”.⁶

[83]

Ante esta despolitización de lo político por excelencia —el Estado— los valores e intereses pierden importancia en el problema de la obediencia. Como señala Danilo Zolo,⁷ ahora la obediencia se garantiza por la participación de

⁴ Véase: Norbert Lechner. “La reforma del Estado y el problema de la conducción política”. *Perfiles Latinoamericanos*, 7. México, Flacso, diciembre de 1995.

⁵ Véase: Norbert Lechner. “¿Por qué la política ya no es lo que fue?”. *Nexos*, 216. México, diciembre de 1995. Véase también: José Sánchez-Parga. “¿Por qué la política ya no es lo que era?”. *Ecuador Debate*, 36, Quito, 1995.

⁶ Véase: Sánchez-Parga, *Op. cit.*

⁷ Véase: Danilo Zolo. “Complejidad, poder, democracia”. En: Marco Cupolo. *Sistemas políticos: términos conceptuales del debate italiano*. México, UAM-Azcapotzalco, 1990.

los ciudadanos en los procedimientos más que por la adscripción a valores o intereses. Las reglas de elección adquieren relevancia por sobre las reglas de decisión. Esto implica que a medida que aumenta la autonomía de las instituciones del Estado la atención de la ciudadanía sobre los asuntos públicos disminuye. Se abre, entonces, el campo propicio para el ingreso de los expertos, de los técnicos, en terrenos que antes no les competía, como el de la política precisamente. De manera complementaria, las posibilidades de profundizar la democracia como sistema de gobierno se debilitan y se limita a la simple administración de lo existente sin mayor proyección sobre el tipo de comunidad política que quiere o debe construir.⁸

Es sintomático que luego del retorno a regímenes constitucionales, donde supuestamente los partidos tendrían un papel central, éstos exhiban menos relevancia. Incluso, y de una manera general, algunos de los partidos más tradicionales en América Latina están en una profunda recomposición (caso del peronismo, o el MNR boliviano) o se encuentran al borde de la desaparición.

La crisis partidaria en el Perú hay que entenderla al interior tanto del proceso democratizador como de la expansión de la economía de mercado. Los partidos, al igual que otras instituciones como el parlamento (al que Fujimori cerró con el autogolpe del 5 de abril de 1992), no gozaban de ningún afecto en la opinión pública a inicios de los años noventa. El Estado, por su parte, relajó sus lazos con la sociedad. Sumado al descrédito de las instituciones políticas está el hecho de que el mercado excluye a gran parte de la ciudadanía —constituida ahora por ciudadanos-consumidores— de su radio de acción.⁹ Con un *demos* debilitado se hace más difícil que valores como la libertad, la igualdad y la justicia —en tanto valores políticos— sean incorporados y practicados por los sujetos.¹⁰

En cuanto a la organización llamada partido, éste se vuelve una agrupación de técnicos. Aquí es donde surgen los llamados “nuevos caudillos”, sea en su forma de antipolíticos o de *outsiders* (caso Mario Vargas Llosa o el mismo Fujimori), sea como políticos profesionales que cambiaron (casos Fernando Collor y Tabaré Vázquez) o como personajes extrapartidarios (como el ex cantante nuevaolero

⁸ Véase: Fernando Vallespín. *El futuro de la política*. Madrid, Taurus, 2000. Del mismo autor véase: “El discurso de la democracia radical”. En: Rafael del Águila y Fernando Vallespín (coordinadores). *La democracia en sus textos*. Madrid, Alianza Editorial, 1998.

⁹ Todos estos temas son tratados tomando casos específicos latinoamericanos en: Carina Perelli, Sonia Picado S. y Daniel Zovatto (compiladores). *Partidos y clase política en América Latina en los 90*. San José, Costa Rica, IIDH-CAPEL, 1995.

¹⁰ Benjamin Barber. “Democracia fuerte. Un marco conceptual: política de la participación”. En: Rafael del Águila y Fernando Vallespín (coordinadores). *Op. cit.*

“Palito” Ortega). Estos son nuevos políticos para actores sociales surgidos después de la crisis, caracterizados paradójicamente por su no-política. Los *outsiders* son los “representantes de estos nuevos actores y valores anti-políticos [...] son ajenos y contrarios a la ‘clase política’ o, en su defecto, persiguen desembarazarse de los compromisos políticos contraídos”.¹¹

Complementariamente, el avance de los medios de comunicación hace que éstos sustituyan a las formas tradicionales de hacer política. Esta se personaliza, y es representada por el presidente, quien se oferta como opuesto a la clase política.¹² Así, se abre un nuevo terreno para la acción política, al establecerse una relación transversal entre políticos, medios y audiencias consumidoras que tiene nuevos efectos sobre el sistema de partidos. Los *outsiders*, entonces, ingresan a la escena política en forma de imagen. Esto es especialmente cierto con la televisión, que restituye la relación oral y personal del político vía las imágenes.¹³

Si bien lo anterior es cierto, lo llamativo, en el caso de Fujimori, es que éste casi no utilizó la televisión en su campaña electoral. Por el contrario, Fujimori sustentó su irradiación hacia la sociedad peruana en las redes informales de transmisión oral cara a cara, que coadyuvaron en la formación de una opinión pública favorable hacia él.¹⁴ Esta cadena a-institucional fue utilizada por el pueblo para hacer de Fujimori casi un invento, según afirman algunos analistas,¹⁵ para poder afianzar una unidad simbólica, en sentido opuesto al efecto producido por los procesos estructurales (crisis económica, violencia política) que exacerbaban la fragmentación y el caos.

En resumen, bajo un contexto de desorganización general como el que vivió el Perú durante los años ochenta, traducido en el retiro de los partidos de sus funciones de representación, la atomización del cuerpo ciudadano, la

[85]

¹¹ Véase: Julio Cotler. “Crisis política, ‘outsiders’ y democraduras: el ‘fujimorismo’”. En: Carina Perelli, Sonia Picado y Daniel Zovatto (compiladores). *Op. cit.*

¹² Carina Perelli y Daniel Zovatto, “Introducción: partidos, liderazgos y consolidación democrática en América Latina”. En: C. Perelli, S. Picado S. y D. Zovatto. *Op. cit.*

¹³ Oscar Landi. “*Outsiders*, nuevos caudillos y *media politics*”. En: Perelli, Picado y Zovatto. *Op. Cit.*

¹⁴ El caso de Fujimori si bien no niega al menos matiza la afirmación tan rotunda de Giovanni Sartori en el sentido que la televisión mengua el sentido crítico y la capacidad de abstracción de los ciudadanos y que, por lo tanto, deciden mediante acciones-reflejos. Véase: Giovanni Sartori. *Homo Viden*. Madrid, Taurus, 1998.

¹⁵ Morgan Quero. “De la crisis de representación al montaje simbólico del poder: el caso del Perú”. En: Ricardo Forte y Guillermo Guajardo (coordinadores con la colaboración de María Luna). *Consenso y coacción. Estado e instrumentos de control político y social en México y América Latina (siglos XIX y XX)*. México, El Colegio de México, 2000.

captura del Estado por una plutocracia, la desaparición de los límites de las funciones y responsabilidades de los poderes que produce la invasión de los mismos —como los militares en asuntos que competen exclusivamente a los agentes civiles—, la opción de un gobierno autoritario se volvió atractiva. Al menos la alternativa de gobiernos que ofrecen solucionar problemas al costo que sea se hace plausible ante una ciudadanía que prefiere mantenerse al margen de las decisiones y de la misma actividad política. En estos marcos se debe tratar de entender el fenómeno del fujimorismo.

2. Desde la protección de los militares a la oligarquía hasta su fujimorización

Paradójicamente, bajo el discurso modernizador y neoliberal que caracterizó al fujimorismo se agazapó un ejercicio del poder que recuerda el modo premoderno de entender y ejercer la política. Varias señales nos dan noticia de ello: el poder absoluto del caudillo, la eliminación de las funciones fiscalizadoras del parlamento, la ausencia de separación de los poderes del Estado, el protagonismo del ejecutivo. El carácter premoderno del sistema político del fujimorismo se plasmó justamente en la relación entre el Estado y los militares. La articulación que se sostuvo entre éstos y el entorno presidencial recuerda con mucha viveza aquélla que se produjo entre la oligarquía y el ejército durante gran parte del siglo xx. Por casi cuarenta años la dupla oligarquía-ejército controló el poder político en el Perú, salvo algunos intentos— rápidamente sofocados vía golpes militares— de gobiernos constitucionales. El resultado de esta hegemonía oligárquico-militar atrofió el desarrollo de instituciones estatales, y más aún de instituciones democráticas (véase tabla 1).¹⁶

El Estado se convirtió en un espacio de representación casi exclusiva de las élites oligárquicas, en donde la relación entre gobernantes y gobernados era muy frágil, prácticamente inexistente, salvo cuando fue necesaria la manipulación de votos al interior de un esquema represivo y marginador. De esta manera, la posibilidad democrática ocluyó.

¹⁶ Véase: Víctor Villanueva. *100 años del ejército peruano: frustraciones y cambios*. Lima, Juan Mejía Baca, 1971.

Tabla 1. *La sucesión presidencial en el Perú: 1930-1995*

Año	Militar o civil	Nombre	Ascensión al poder o a través de
1930	General	Manuel M. Ponce	Golpe de Estado
1931	Teniente Coronel	Luis M. Sánchez Cerro	Golpe de Estado
1931	Civil	Ricardo Leoncio Elías	Junta de notables
1931	Teniente Coronel	Gustavo Jiménez	Golpe de Estado
1931	General	David Samanez Ocampo	Junta de notables
1931	General	Luis M. Sánchez Cerro	Elecciones
1933	General	Oscar R. Benavides	Congreso
1939	Civil	Manuel Prado Ugarteche	Elecciones
1945	Civil	José Luis Bustamante y Rivero	Elecciones
1948	General	Manuel A. Odría	Golpe de Estado/ Elecciones
1956	Civil	Manuel Prado Ugarteche	Elecciones
1962	General	Ricardo Pérez Godoy	Golpe institucional
1963	General	Nicolás Lindley	Golpe institucional
1963	Civil	Fernando Belaunde Terry	Elecciones
1968	General	Juan Velasco Alvarado	Golpe institucional
1975	General	Francisco Morales Bermúdez	Golpe institucional
1980	Civil	Fernando Belaunde Terry	Elecciones
1985	Civil	Alan García Pérez	Elecciones
1990	Civil	Alberto Fujimori	Elecciones
1995	Civil	Alberto Fujimori	Elecciones
2000	Civil	Alberto Fujimori	Elecciones

[87]

El papel del ejército como principal institución de las fuerzas armadas peruanas fue, al menos en lo formal, el de vigilar y asegurar tanto la paz externa como el orden interno, pero muchas veces, más que un garante de la paz social, fue un protagonista crucial en la política peruana y azuzador de sus conflictos. En efecto, cuando fue requerido por las élites oligárquicas, el ejército preservó los privilegios de aquéllas, reprimiendo a los movimientos políticos contestatarios (el Partido Aprista o el Partido Comunista) o tomando directamente las riendas del poder político, siempre actuando en consuno con las élites dominantes. Una vez sofocada la emergencia, las élites oligárquicas ya podían retornar a sus espacios de privilegio. Por ello, el ejército peruano fue calificado como el perro guardián de la oligarquía.¹⁷

¹⁷ Véase: Manuel Burga y Alberto Flores Galindo. *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*. Lima: Rikchay, 1980.

La participación directa del ejército en la política peruana en el siglo xx, como fue mencionado, se inició en 1930 cuando protagonizó el golpe que destituyó a Augusto B. Leguía. Desde entonces, la presencia militar fue acechante e impúdica. Ante el descontento popular y la emergencia de opciones políticas por fuera de la argolla oligárquica, el ejército retuvo el poder hasta 1936, año en el que se realizaron nuevas elecciones presidenciales, que ganó la fracción financiera de las élites.¹⁸

En 1948, a través del Frente Nacional Democrático —respaldado por el aprismo y el comunismo—, por primera vez accede al gobierno un frente respaldado por fuerzas políticas de oposición al orden oligárquico. Pero la experiencia no duró mucho, pues tres años después, y en medio de una seria crisis institucional y económica, la oligarquía recuperó el poder gracias al golpe de Estado comandado por el general Manuel A. Odría.¹⁹ El ochenio —como se conoció a su periodo de gobierno de ocho años—, tuvo la suerte de contar con una coyuntura económica internacional favorable, que le permitió emprender grandes obras de atención social. Luego de cierta prosperidad alcanzada, llegaron unos años de relativa calma institucional, que se tradujeron en nuevos procesos de elecciones en 1956. Nuevamente, triunfó la fracción financiera de la oligarquía, esta vez con algunos rasgos liberalizantes, como lo muestra la legalización de la oposición política.

[88]

En 1962, los militares volvieron a ser personajes de primer plano en la vida política peruana. Luego de un empate técnico en la votación entre los principales contendientes (Acción Popular y el partido aprista) advino un interregno institucional que fue cubierto por las fuerzas armadas. Se instauró un gobierno provisional hasta que se convocaron a nuevas elecciones para el año siguiente, las mismas que ganó AP, liderado por Fernando Belaunde Terry. Este partido era la expresión política de las clases medias que se fortalecieron al interior de una economía que crecía desde fines de los años cuarenta y la década del cincuenta.

En un inicio, se trató de una gestión que parecía cumplir con reformas largamente reclamadas —como la del campo y la de la industria— por aquellos sectores de la sociedad peruana que no se identificaban con el régimen oligárquico. No obstante, dicha esperanza fue rápidamente destruida. Debido a los conflictos entre los partidos de entonces se

¹⁸ Daniel M. Masterson. *Militarism and Politics in Latin America. Peru from Sánchez Cerro to Sendero Luminoso*. Westport, Greenwood Press, 1991.

¹⁹ Véase: Gonzalo Portocarrero. *De Bustamante a Odría. El fracaso del Frente Democrático Nacional, 1945-1950*. Lima, Mosca Azul, 1983. Véase también: Eduardo Bueno. “El ausentismo parlamentario de 1947”. En: José Barba Caballero (coordinador). *En defensa del aprismo*. Lima, Galaxia, 1979.

produjo una parálisis institucional que enfrentó al ejecutivo con el legislativo —la alianza entre Acción Popular y el Partido Popular Cristiano controlaba el ejecutivo, mientras que el APRA y la Unión Nacional Odriísta tenían mayoría en el parlamento— poniendo al régimen constitucional al borde del fracaso, como efectivamente ocurrió.²⁰

El mes de octubre de 1968 fue trascendental para la historia de la institución castrense, por primera vez dirige un golpe de Estado en el que no estaban involucrados los grupos oligárquicos. Desde esa fecha hasta 1975, el gobierno militar, bajo un discurso nacionalista, comandó una serie de reformas anti-oligárquicas que acabaron con el régimen precedente. Sin embargo, el fin del orden oligárquico no significó el inicio de uno nuevo claramente delineado.²¹ El crecimiento y fortalecimiento del Estado, la protección de la economía nacional, el reconocimiento de los derechos de los trabajadores, entre otras acciones, convivieron con la persistencia del gobierno militar por no legalizar la vida partidaria, ni crear un partido propio.²² Con la aparición de la crisis económica afloraron también las tensiones en el seno de la cúpula castrense hasta que llegó el recambio por el ala derecha, liderada por el general Francisco Morales Bermúdez.

Paulatinamente, las reformas del velasquismo fueron desmanteladas, sin embargo, los grupos oligárquicos no regresaron al poder. El fin del velasquismo no significó una vuelta al pasado. Aquéllos ya eran parte de la historia. La “segunda fase” del gobierno militar tuvo que afrontar un periodo de crisis económica internacional, para lo cual adoptó severas medidas económicas de ajuste. Paralelamente, las decisiones que tomó en materia social —represión contra el movimiento obrero y despido de miles de sus principales dirigentes— estuvieron acompañadas de la decisión política de convocar a elecciones generales, en lo que se conoció como la transición hacia la democracia mediante dos etapas. En primer lugar, se establecería, vía elecciones, una Asamblea Constituyente con la misión de redactar una nueva Carta Magna. En segundo lugar, se convocaría a elecciones presidenciales.²³

[89]

²⁰ Sobre las visiones históricas del proceso ciudadano-político peruano véase: Sinesio López. *Ciudadanos imaginarios y reales*. Lima, Instituto Diálogo y Propuesta, 1997.

²¹ Entre la abundante bibliografía que existe sobre el gobierno de Velasco se puede revisar la compilación de Carlos Franco que ofrece una visión panorámica. Véase: Carlos Franco (coordinador). *El Perú de Velasco*. Lima, Cedej, 1983. Véase también: Juan Martín Sánchez. *La revolución peruana: teoría y práctica política de un gobierno militar, 1968-1975*. Sevilla, CSIC, Universidad de Sevilla, Diputación de Sevilla, 2002.

²² Véase: Jorge Rodríguez Beruff. *Los militares y el poder. Un ensayo sobre las doctrinas militares en el Perú, 1948-1968*. Lima, Mosca Azul, 1983.

²³ Nicolás Lynch. *La transición conservadora*. Lima, El Zorro de Abajo, 1992.

Cumplido dicho cronograma los militares se retiraron ordenadamente a sus cuarteles, pero dejaron su impronta en algunos artículos de la nueva Constitución aprobada en 1979. Si bien la vuelta a regímenes constitucionales, produjo alguna esperanza de que las cosas mejorarían, ellas pronto se disiparon. La promesa de bienestar y estabilidad que llegó junto con la democracia en 1980 — por medio de Belaunde, el mismo presidente depuesto en 1968—, fueron rápidamente remplazadas por los sentimientos de incertidumbre e inseguridad, debido a la crisis económica que se fue agudizando y a la aparición del grupo subversivo Sendero Luminoso, que puso en jaque a las débiles instituciones del Estado de Derecho, que apenas daba sus primeros pasos.

El surgimiento de la guerra, que se extendió un poco más allá de la década del ochenta, permitió que recobrará protagonismo el ejército. Pero aun cuando no hubiera existido Sendero Luminoso, las relaciones entre el ejército y el gobierno constitucional se hubieran manifestado tensas, ya que el rumor del golpe siempre estuvo presente durante toda la década de los ochenta. Evidentemente, el accionar beligerante del senderismo hizo agravar esas relaciones y puso sobre la mesa la necesidad de derrotar militarmente a un enemigo que se mostraba poderoso. Sendero Luminoso contribuyó a que la presencia del ejército en la política fuera cada vez más vigorosa.

[90]

Por un lado, los militares insistían en que no podían derrotar a Sendero Luminoso dentro de los marcos legales vigentes; por el otro, el gobierno no podía dejar al ejército a su libre albedrío sin abdicar de sus prerrogativas, aun cuando ello implicase la prolongación de la guerra. Esta fue una contradicción que se mantuvo durante la mayor parte de la década del ochenta. Mientras se esperaba su resolución, el senderismo avanzaba y la sociedad se desesperaba. Incluso, a finales de dichos años, Sendero Luminoso tomó la iniciativa y se propuso alcanzar el “equilibrio estratégico”, fase previa al estallido del enfrentamiento final. Para ese entonces, el régimen constitucional vivía su peor crisis. La gestión del Partido Aprista, que había triunfado en las elecciones de 1985, hundió al país en una espiral hiperinflacionaria, en una profunda crisis institucional con la corrupción a flor de piel, y dejó prácticamente indefensa a la sociedad frente al avance de la guerra. Ante esta situación, no parecía extraño que importantes sectores de la sociedad reclamaran una salida efectiva “dura” que solucionara las múltiples crisis que enfrentaba el Perú de entonces. El apoyo recabado al fujimorismo algo tiene que ver con este humor social.

2.1 La aparición del fujimorismo

El nuevo proceso eleccionario de 1990 llegaba con el desprestigio de los principales partidos vigentes hasta ese entonces: Acción Popular (AP), Alianza

Popular Revolucionaria Americana (APRA) y los de izquierda agrupados en la Izquierda Unida, frente constituido en 1980. Pero además portaba novedades. La candidatura del renombrado escritor Mario Vargas Llosa y el ascenso intempestivo de un desconocido en la política peruana, Alberto Fujimori: dos sujetos externos a lo que había sido la vida político-partidaria peruana. Con el apoyo del APRA y de la IU, Fujimori ganó la presidencia al famoso escritor en una segunda vuelta electoral, que por primera vez se llevaba a cabo en Perú.²⁴

Varios factores pueden ayudar a explicar su triunfo: el desgaste de la derecha y su conservadurismo, el rechazo de las clases populares a todo lo que representaba lo blanco y occidental, la búsqueda de nuevas expresiones políticas, y la contribución política de los partidos de centro-izquierda con su endoso de votos.

Los dos grandes retos que debió enfrentar el nuevo gobierno fueron contrarrestar la hiperinflación y derrotar la subversión. Casi sin *quorum* para componer su gobierno, Fujimori echó mano de quienes entonces eran sus aliados: apristas e izquierdistas. Pero poco duró este intento. En un proceso gradual, Fujimori fue asumiendo las posiciones que antes había combatido. El programa de Vargas Llosa adquirió ojos rasgados y se encarnó en el fujimorismo: primero en el plano de las medidas económicas y, luego, al desvirtuarlo, lo despojó de su talante demoliberal para ejercer el poder de modo arbitrario y sin el contrapeso de institución alguna.

[91]

El presidente Fujimori reestructuró el andamiaje jurídico del Estado con el propósito de volverlo más flexible, eficiente y adecuado para el nuevo escenario mundial que se configuraba bajo la égida de los organismos financieros luego del fin del mundo bipolar —eliminó la estabilidad laboral, redujo la burocracia, acertó en cuanto a tiempo los procedimientos legales, rediseñó la dependencia para la recaudación de impuestos.

2.2 Las medidas económicas

En 1990, Fujimori aplicó drásticas medidas económicas. Pese a que durante su campaña Fujimori se había opuesto tajantemente a las medidas neoliberales de su contrincante, ya en el poder se despojaba de su incierto populismo para hacerse cargo del ajuste. De esta manera, y por interpósita

²⁴ En las elecciones de 1985 no hubo segunda ronda por la renuncia del candidato de Izquierda Unida, Alfonso Barrantes Lingán, por lo que se otorgó el triunfo a Alan García, del partido aprista. Véase: Carlos Iván Degregori y Romeo Grompone. *Elecciones 1990. Demonios y redentores en el nuevo Perú. Una tragedia a dos vueltas*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1991.

persona, los derrotados de las elecciones de ayer resultaron los victoriosos de hoy. Con sus primeras medidas, Fujimori pudo combatir la inflación, aunque trajo altos costos en materia social, pues la masa de pobres creció de 40 a 60%.²⁵ Para agravar la situación, el gobierno no se preocupó por crear programas de compensación social. Pero aun en estas condiciones, el éxito en abatir la hiperinflación provocó un suspiro de alivio en la sociedad en general.

Sorprendentemente, no hubo reacción por parte de la sociedad, por el contrario, mostró una gran pasividad ante los hechos consumados. Los años de la guerra, así como la crisis política y económica, habían dejado como herencia a una sociedad inmovilizada y descreída de sus propias fuerzas de presión.

El presidente Fujimori, férreamente apoyado por el ejército y sin una fuerza social ni política que pudiera oponérsele, implementó el Programa de Ajuste Económico, en el que combinaba tanto las reformas económicas como institucionales.²⁶ Para ello contó además con la activa participación de organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Banco Interamericano para el Desarrollo.

[92]

Como señala Efraín Gonzales de Olarte, el modelo extremo de ajuste estructural llevado a cabo por el gobierno de Fujimori se caracteriza por la total desregulación de los mercados, la privatización de empresa y de actividades públicas, la liberalización extrema del comercio exterior, el tipo de cambio se fija en el mercado, la reducción de la política económica a una política macroeconómica estrecha, con un uso de muy pocos instrumentos y centrada básicamente en la política fiscal, cuyos resultados condicionan la política monetaria, la que a su vez es bastante pasiva [...] Este modelo se debe, en buena medida, a una combinación de escasa autonomía del gobierno frente al exterior debido a su debilidad financiera y una alta autonomía del gobierno frente a los grupos de interés interno (empresarios, trabajadores, consumidores), debido a la crisis precedente. En este modelo, el gobierno que lo implementa trata de recobrar la credibilidad del Estado, perdida durante la crisis precedente y utiliza un estilo 'decretista'.²⁷

En términos generales, es posible identificar las siguientes etapas de la aplicación del programa económico:

²⁵ Véase: *Cuestión de Estado*. Lima, Instituto Democracia y Socialismo, 1992, separata especial.

²⁶ Efraín Gonzales de Olarte. *El neoliberalismo a la peruana. Economía política del ajuste estructural 1990-1997*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1998, pp. 9-10.

²⁷ *Ibid.*, p. 32.

En la primera etapa del Programa, agosto de 1990 y enero de 1991, las medidas adoptadas estuvieron dirigidas a la estabilización de precios, la reducción de la inflación, el saneamiento y la recuperación fiscal y de las reservas internacionales, y la liberalización comercial y financiera.²⁸

En la segunda etapa, febrero de 1991 y diciembre de 1992, fue central el protagonismo de Carlos Boloña, Ministro de Economía que reemplazó a Hurtado Miller. Con él se impulsaron las reformas, la desregulación, las liberalizaciones y las privatizaciones. Durante la gestión de Boloña se produjo el autogolpe de Estado del 5 de abril de 1992, acción política imprescindible del fujimorismo para llevar a cabo su programa económico sin oposición.²⁹

En la tercera etapa, enero de 1993 y marzo de 1996, se continuó con las reformas emprendidas, esta vez por medio del nuevo Ministro de Economía, Jorge Camet, quien se caracterizó por su falta de iniciativa. En consecuencia, el Programa fue dirigido desde Washington, lo que llevó al Perú a ser el país de América Latina más ortodoxo y radical en la aplicación del Programa. Durante esta etapa los resultados positivos fueron apareciendo: se redujo la tasa de inflación, se disminuyó el déficit fiscal, se avanzó en las privatizaciones de las empresas estatales y el sistema de pensiones (véanse gráficas 1 y 2); además, durante el trienio 1993-1995 se experimentó un importante crecimiento económico.³⁰ El lado oscuro del Programa se manifestó en la apreciación cambiaria, el déficit en cuenta corriente de la balanza de pagos, el déficit de ahorro en relación con la inversión, el desempleo y el subempleo y la falta de instituciones públicas modernas.³¹ En la cuarta etapa, desde abril de 1996, apareció la crisis fiscal y externa, esto llevó al gobierno a efectuar un reajuste, que trajo como consecuencia una severa disminución del ritmo de crecimiento del Producto Interno Bruto en dicho año. Al mismo tiempo se reestructuró la deuda con los miembros del Club de París con un saldo muy desfavorable para el Perú: en 1990 la deuda ascendía a 6 mil millones de dólares, pero luego de la reestructuración la suma se elevó a más de 16 mil millones de dólares. En marzo de 1997 se cerró el acuerdo Brady sobre la reestructuración de la deuda con la banca privada.

[93]

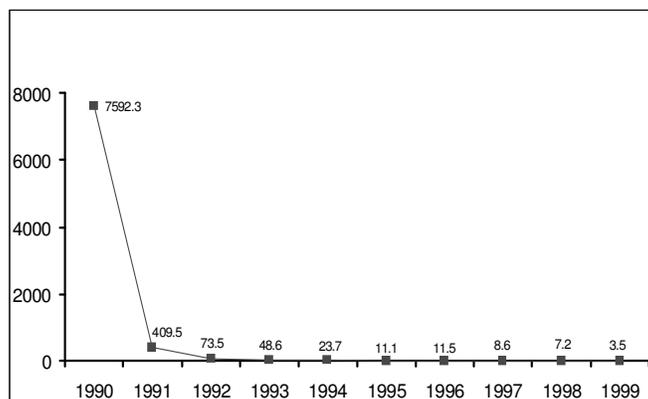
²⁸ *Ibid.*, p. 43.

²⁹ *Ibid.*, pp. 43-44.

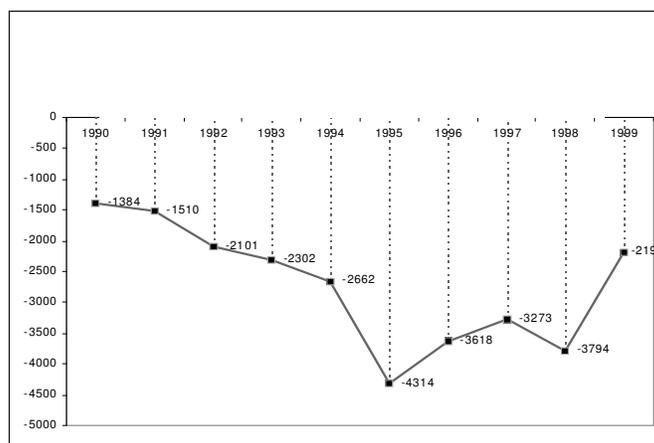
³⁰ En 1994 el Perú alcanzó una tasa de crecimiento de 13.2%, la más alta del mundo.

³¹ Efraín Gonzales de Olarte. *Op. Cit.*, pp. 44-45.

Gráfica 1. Evolución de la tasa anual de inflación. 1990-1999



Gráfica 2. Déficit fiscal en Perú. 1990-1999 (millones de dolares)



[94]

Con el propósito de alcanzar la segunda reelección en el año 2000, el gobierno peruano trató de insertar en su Programa algunas medidas populistas para ganar el voto mayoritario: promesa de aumento de salarios, construcción de escuelas, apoyo a los jubilados, mayor interés del Estado por solucionar los problemas sociales. Pero lo característico fue que todo aparecía siempre como una concesión del propio presidente. Los resultados electorales de dicho año demostraron que la sociedad peruana ya no estaba en la capacidad de esperar más los beneficios de un programa económico que hasta el momento sólo le había deparado sacrificios.

2.3 El gobierno civil-militar

Paralelamente al problema económico el gobierno fujimorista enfrentaba el problema de la guerra subversiva. El discurso presidencial que justificó el autogolpe del 5 de abril de 1992 señalaba a la legislación vigente como un obstáculo para enfrentar eficazmente al senderismo. A esto se sumaba la corrupción del Poder Judicial la cual permitía que jueces dolosos dejaran libres a terroristas reconocidos. Los militares se prestaban para subsanar esas deficiencias. Como lo muestran ciertas evidencias, el plan golpista se fue fraguando desde fines de los años ochenta, frente a la crisis descomunal en que se había hundido el país bajo el gobierno aprista conducido por Alan García (1985-1990). Inesperadamente para la estrategia militar, el triunfo de Fujimori en las elecciones de 1990 la proveyó del personaje que requería para llevar a cabo sus objetivos (que se hacen explícitos en el llamado Plan Verde): acabar con la subversión al costo que sea, bloquear el funcionamiento de las instituciones estatales como el Legislativo y el Judicial, instaurar un gobierno cívico-militar, fortalecer el Sistema de Inteligencia Nacional. En resumen, copar el Estado peruano.³² De esta manera, los militares le dieron al presidente Fujimori el programa del que carecía, y se consolidó una estrecha alianza entre el presidente, los generales afectos a él y su entorno de asesores, dirigidos por un oscuro ex oficial del ejército, Vladimiro Montesinos, quien algunos años antes fuera acusado de traición a la patria por filtrar información confidencial.³³

[95]

La lealtad que consolidó Fujimori no fue la de las instituciones castrenses, pero sí la de sus comandantes generales. De esta manera, el poder civil pasaba a convertirse en uno cívico-militar. Evidentemente, la presencia del senderismo fue un catalizador del protagonismo militar en la vida política peruana. Por ello, ya desde fines del año 1991, el gobierno había delineado su plan de militarizar la lucha contra Sendero Luminoso, obviando los aspectos sociales cuya importancia, con tanto esfuerzo, habían descubierto los gobiernos constitucionales desde mediados de los ochenta.³⁴ De una manera extrema, se puede afirmar que el fujimorismo volvía a los primeros pasos de la lucha antisubversiva de inicios de los ochenta, cuando cierto general declaraba que si por eliminar a un senderista tenía que matar a cien inocentes asumía el costo.

³² Véase: Fernando Rospigliosi. *Montesinos y las fuerzas armadas. Cómo controló durante una década las instituciones militares*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2000. Véase también: Fernando Rospigliosi. *Las Fuerzas Armadas y el 5 de abril. La percepción de la amenaza subversiva como una motivación golpista*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1994; Carlos Tapia. *Las fuerzas armadas, Sendero Luminoso. Dos estrategias y un final*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1997.

³³ Véase: Gustavo Gorriti. "Montesinos: la sombra del régimen". *Gatopardo*, 1, abril de 2000.

³⁴ Carlos Iván Degregori *et al.* *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1996.

El matiz peculiar del fujimorismo es que el poder civil desaparece como un garante de la constitución para, ahora, desconocerla totalmente, abriendo así las puertas para que ingresara el poder militar al corazón mismo de un gobierno constitucional. Un hecho revelador de la presencia militar fue la sistemática violación de los derechos humanos, que no mereció ninguna sanción, ni siquiera fue motivo de un juicio a los responsables. La Comisión Nacional de Derechos Humanos advertía en 1991 sobre la peligrosa pendiente que seguía el gobierno en la materia. Por su parte, en 1992 Amnistía Internacional acusaba recibo de cerca de 300 denuncias de desapariciones producto de detenciones de las fuerzas armadas, que, ya desde el año anterior, detentaban la conducción de la lucha antisubversiva. La impunidad y los abusos de los militares no se hicieron esperar. Se tomaron universidades, concebidas como nidos de terroristas, en los penales se restableció la disciplina a sangre y fuego, se propició la autodefensa de los campesinos y se establecieron los comandos político-militares con la conducción casi absoluta de las fuerzas armadas. En síntesis, el Perú quedó convertido en un campo de guerra.³⁵

[96]

No obstante, y de rebote, la postura militarista logró un importante fruto: en el mes de septiembre de 1992 captura a Abimael Guzmán, alias el Presidente Gonzalo, máximo líder e ideólogo del senderismo; lo cual proveyó al gobierno de una amplia legitimidad por parte de la sociedad.³⁶ El alivio experimentado después de doce años de guerra abrió nuevas posibilidades y libertades beneficiosas para el autoritarismo. Consecuentemente, la presencia de las fuerzas armadas —en especial del ejército peruano— en la escena política fue tolerada irresponsablemente por parte de distintos sectores sociales y políticos.³⁷

El éxito del gobierno en su enfrentamiento contra Sendero afianzó el modelo de relación que Fujimori había establecido con los militares. Al igual que Alan García, en tiempos del gobierno aprista, Fujimori utilizó el método de la cooptación, es decir, gracias a favores y prebendas aseguró la lealtad de ciertos generales. Mediante el Decreto de Ley 752, se aprobó que fuera el propio presidente quien nombraría a los comandantes generales de cada instituto (marina, ejército y aviación), los cuales podía mantener en su puesto por tiempo

³⁵ Véase: Osmar Gonzales. “Estado y Derechos Humanos en Perú 1980-1997”. *Iztapalapa*, 46, julio-diciembre de 1999. Álvaro Vargas Llosa. *En el reino del espanto*. México, Grijalbo, 2000.

³⁶ En realidad, el mérito de la captura de Guzmán correspondió a la Dirección contra el Terrorismo (Dircote), pero el gobierno se lo atribuyó para legitimar el autogolpe y para presentarse como eficaz y que podía resolver problemas ante la sociedad.

³⁷ Véase: Carlos Iván Degregori y Carlos Rivera. *Perú 1980-1993: Fuerzas Armadas, subversión y democracia*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1994.

indefinido.³⁸ De este modo, quien quisiera ascender a grados más altos dentro del escalafón militar debía mostrar lealtad absoluta y obsecuencia con el propio presidente. Paralelamente, esta situación comenzó a causar malestar entre los sectores más institucionales de las fuerzas armadas al ver que sus méritos no eran reconocidos para lograr ascender en su carrera. El presidente Fujimori, aunque aparentemente fuerte, estaba en realidad en una situación vulnerable debido al fino —y frágil— tejido de alianzas y compromisos personales que había tenido que construir para mantenerse en el poder.

Fujimori estaba atado al gobierno por los oscuros compromisos contraídos, en los que ya aparecían sospechosamente ciertos indicios de vínculos con el narcotráfico. Así, mediante una fraudulenta interpretación constitucional (llamada de “interpretación auténtica”) legalizó su tercera postulación en el 2000. Para ello, tuvo que destituir a probos miembros del Tribunal de Garantías Constitucionales y colocar jueces *ad-hoc*, que el fujimorismo necesitaba. Asimismo, con métodos semejantes a los policiacos, el Estado peruano recurrió a la violación de los derechos humanos y civiles,³⁹ a la tortura, al asesinato,⁴⁰ al acoso de los medios de comunicación hostiles al régimen —quitándoles contratos publicitarios del Estado—, al espionaje y al chantaje especialmente de algunos destacados políticos de la oposición. Bajo estas premisas, el fujimorismo diseñó un Estado chantajista, policiaco, corrupto y represivo. Una expresión simbólica de lo dicho se puede encontrar en el hecho siguiente: luego de realizadas las cuestionadas elecciones presidenciales del 2000, antes de que el Parlamento invistiera a Fujimori como el nuevo presidente del Perú, las fuerzas armadas le otorgaron su respaldo sin cortapisas. Nunca antes, desde 1980, año del retorno a la constitucionalidad, el poder militar se había adelantado al poder civil en un acto de esta naturaleza.

[97]

3. La fujimorización de la política

Todo lo anterior nos ayuda a entender el fujimorismo siempre y cuando evitemos caer en explicaciones de tipo causa-efecto. Quizás el fujimorismo, a su vez, nos ayude a comprender las transformaciones que están sucediendo a

³⁸ Véase: Enrique Obando. “Fujimori y las Fuerzas Armadas”. En: John Crabtree y Jim Tomas (editores). *El Perú de Fujimori*. Lima, Universidad del Pacífico-Instituto de Estudios Peruanos, 1999. Véase también: Enrique Obando. “El poder de los militares”. En: Augusto Álvarez Rodrich (editor). *El poder en el Perú*. Lima, Apoyo, 1993.

³⁹ A un propietario de un canal de televisión, por ejemplo, se le quitó la nacionalidad por denunciar las violaciones cometidas por miembros del ejército.

⁴⁰ Como sucedió a unas agentes del Servicio de Inteligencia que denunciaron un plan que preveía el asesinato de ciertos líderes y periodistas de oposición.

nivel más general. Es pertinente entonces volver a preguntarse, y espero que ahora con más elementos: ¿qué representó Fujimori en el proceso peruano? Para comprenderlo hay que relacionarlo con la crisis del Estado y de los partidos, y con las transformaciones sociales e identitarias experimentadas en las últimas décadas por la sociedad peruana. Es decir, a Fujimori hay que asumirlo como resultado de las interacciones entre instituciones —que profundizaron constantemente su crisis— y actores sociales que habían perdido su capacidad de movilización. Entre ambos espacios se abrió una grieta por donde Fujimori pudo ingresar a la escena pública y con él toda una nueva realidad que, aunque latente, permanecía oculta.

Si bien la crisis institucional ha sido uno de los rasgos más permanentes del sistema político peruano, ésta se mostró con una evidencia mucho mayor durante los años de la vuelta al régimen constitucional, es decir los ochenta. Ello debido a dos cosas que se mezclan de manera explosiva: por un lado, las expectativas creadas en torno a lo que el nuevo régimen (democrático) podía solucionar y frente a lo cual los regímenes militares se habían mostrado incapaces. El problema consistió en que las expectativas resultaron demasiado elevadas para las capacidades de respuesta por parte de las instituciones políticas. El Estado venía agudizando su distanciamiento con respecto a la sociedad peruana, con una burocracia ineficaz y corrupta, mostrándose como el reducto privilegiado del clientelismo.

[98]

Por otro lado, el sistema político partidario no era capaz de crear consensos mínimos sobre los cuales establecer ciertas reglas de juego compartidas y en donde los conflictos pudieran ser procesados sin poner en riesgo la continuidad del régimen constitucional; todo ello impidió que el sistema político pudiera recabar legitimidad de la sociedad. Por eso a Fujimori no se le puede comprender de manera aislada, en realidad, los espacios que él ganó son los mismos que el sistema político descuidó.⁴¹ La presencia del caudillismo presidencial (sea Fujimori o cualquier otro) tuvo una relación directa con la endeblez de aquel régimen político que prácticamente colapsó y que ahora trata de resucitar. El otro aspecto es que en el Perú se juntaron una serie de problemas expresados en su peor extremismo: hiperinflación, recesión, violencia política, violencia social, narcotráfico. Ello agravó la inconsistencia del aparato político institucional haciéndolo más precario aún.

Con relación a la sociedad peruana sabemos las profundas transformaciones que ha experimentado durante las últimas décadas y que han provocado un verdadero “desborde” popular respecto a la institucionalidad

⁴¹ Véase: Nicolás Lynch. *Una tragedia sin héroes. La derrota de los partidos y el origen de los independientes. Perú 1980-1992*. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1999.

vigente. Y ello no sólo debido a una explosión demográfica, sino sobre todo a un procesamiento de identidades sociales, de expectativas, de constitución de actores, de cambios culturales que, en conjunto, afecta el funcionamiento social y político y modifica los códigos con los cuales tradicionalmente se había estado comunicando la sociedad peruana.

3.1 Democracia, valores y política

Desde una postura decididamente antagónica al fujimorismo, Pedro Planas señala que lo vivido por el Perú durante el decenio de 1980 fue sólo una democracia empírica que ocultaba en el fondo valores autoritarios en la mentalidad tanto popular como de las élites, y que la aparición del fujimorismo no hace otra cosa que ayudar a estallar esta contradicción. Planas sostiene que, en su conjunto, la democracia está constituida por dos elementos. Primero, por las instituciones y los procedimientos; y segundo, por las actitudes “que son sustantivas para la legitimidad y cohesión del proceso institucional”,⁴² y que deben expresar acuerdos mínimos. De lo contrario, se estará ante una democracia “empírica”, carente de valores. Teniendo en cuenta la experiencia peruana de los años ochenta, su propuesta consiste en la refundación de la democracia, adoptando un conjunto de valores que permitan construir instituciones sólidas, más allá de las ambiciones partidarias.

[99]

Se pueden hacer un par de observaciones a los planteamientos de Planas. Primeramente, parece haber en su argumentación un traslape o el establecimiento de una correspondencia muy rápida y directa entre valores autoritarios y actitudes autoritarias, cuando podemos cuestionarnos legítimamente si eso es así. Ambos niveles pueden expresarse en distintas esferas de lo público y lo privado sin que ello tenga necesariamente un efecto negativo sobre la legitimidad democrática en tanto sistema político.

En segundo lugar, su planteamiento sobre la democracia empírica y valores autoritarios ¿no está volviendo de alguna manera a la vieja polémica que tanto caracterizó a la izquierda sobre la democracia formal y la democracia sustantiva y que en su tiempo sólo mereció el rechazo de la comunidad político-intelectual contraria al proyecto socialista? Si esto es cierto, sospecho que se han perdido veinte años por lo menos. Quizás sea bueno desandar ciertos pasos.

⁴² Pedro Planas. “Perú: democracia empírica y valores autoritarios”. *Nueva Sociedad*, 134, Caracas, Nueva Sociedad, diciembre de 1994, p. 119.

3.2 Las razones de la legitimidad

¿Por qué la aceptación por parte de la sociedad del autoritarismo fujimorista no sólo en el momento de su elección de 1990 sino, y es lo más importante, durante casi una década? ¿Qué estaban pensando, sintiendo o reclamando los peruanos para respaldar a un régimen autoritario que postergaba casi cínicamente sus promesas de bienestar?

Si se entiende por legitimidad el “conjunto de actitudes positivas hacia el sistema político considerado como merecedor de apoyo”,⁴³ tendría que preguntarse sobre las razones que explican que los peruanos hayan considerado positivo apoyar al fujimorismo. Encontrar esas claves del imaginario popular supone tratar de descubrir razones sedimentadas con anterioridad en su cultura política.

[100] De un conjunto de entrevistas (30) a miembros de los sectores populares de Lima, realizadas entre diciembre de 1991 y enero de 1992,⁴⁴ se extrajeron algunas constantes de cómo éstos observaban al Estado y a los políticos. Básicamente destacan cuatro elementos: 1) un reclamo por cierto orden que garantizara la paz y, en un punto más extremo, la sobrevivencia. En este sentido, se llega a justificar el empleo de la violencia tanto para combatir a la subversión como para ejercer el control social; 2) una clara percepción de que el progreso económico personal depende del esfuerzo individual, en donde ni el Estado ni los políticos debían intervenir; 3) muy ligado al punto anterior, un descreimiento casi absoluto de los políticos, y 4) un reclamo cauto, sin muchas expectativas, ante el Estado para que asuma responsabilidades para garantizar ciertos bienes públicos (básicamente educación y salud).

De alguna manera, se puede afirmar que sectores de la sociedad peruana ya estaban en condiciones para apoyar a un gobierno con las características que distinguirían al fujimorismo.

⁴³ Leonardo Morlino. *Cómo cambian los regímenes políticos. Instrumentos de análisis*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1985, p. 117.

⁴⁴ Dichas entrevistas se realizaron en el marco de la investigación “El Estado y la política en el imaginario popular” para el Instituto Democracia y Socialismo. El grupo estaba conformado por María Rosa Boggio, Fernando Romero y Osmar Gonzales.

3.3 Fujimori y los partidos

El triunfo electoral de Fujimori en 1990 es el más espectacular registrado en la historia peruana.⁴⁵ Lo que al mismo tiempo revela la gravedad de la crisis del sistema de representación política en relación con su legitimidad, que arrastra en esa caída al régimen democrático en sí. Fujimori, en ese contexto caótico, no representaba ninguna ideología ni programa, pero sí era “la expresión de la no política, el hartazgo y desilusión del sistema de representación partidaria, el pragmatismo en época de crisis”.⁴⁶

De esa manera, la crisis abierta del sistema partidario se expresó en que los partidos actuaron de manera tal que se anularon mutuamente, dado que todos prefirieron esperar el desgaste de los otros competidores en vez de cooperar y esperando además que fueran otros los que cooperaran. Además, los sectores sociales populares expresaron su descontento en el plano electoral como un producto de la crisis *cuasi* permanente del país, llegando a afectar al propio sistema de partidos e impidiendo la consolidación de la democracia.⁴⁷ En el mismo sentido, Romeo Grompone⁴⁸ expresa que si bien, luego del proceso de transición, los partidos lograron incorporar a más ciudadanos estos no fueron capaces de crear un “sistema de referencias recíprocas”, normas de competencia y consensos, predominando el bloqueo. En ese contexto, se deslegitima el Estado y las relaciones que establece con el sistema político y la sociedad civil, se cuestionan los mecanismos de mediación, las decisiones se centralizan y la sociedad se encierra en pequeños círculos. En consecuencia, se produce una minimización de la democracia.

[101]

Al ampliar el campo de preocupación más allá del “fenómeno Fujimori”, se observa que la centralidad del caudillo está estrechamente ligada a la capacidad de las instituciones para crear referentes comunes para toda la sociedad. Esto nos remite a la necesidad de constituir una colectividad nacional más o menos consolidada. De ahí que la creación de “símbolos emblemáticos” (para tomar un concepto de Durkheim), que conlleve una moral compartida, necesite previamente de un mínimo de cohesión en el plano social para que luego ésta se exprese en la propia institucionalidad política. En otras palabras, aquellos procesos

⁴⁵Véase: Fernando Tuesta Soldevilla. *Sistemas de partidos políticos en el Perú (1978- 1995)*. Lima, Fundación Friedrich Ebert, 1995.

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 104.

⁴⁷ Martín Tanaka. “La consolidación democrática y la crisis de legitimidad de los sistemas de partidos en la América Latina de los noventa”. En: *Perfiles Latinoamericanos*, 4 (6), México, Flacso, junio de 1995.

⁴⁸ Véase: Romeo Grompone. *Op. Cit.* Véase también: Julio Cotler. “El incierto futuro de los partidos políticos”. En: Julio Cotler (editor). *Perú. 1964-1994. Economía, sociedad y política*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1995.

iniciados a mediados del siglo xx con las migraciones campo-ciudad y que tuvieron cierta expresión institucional durante el velasquismo —como la superación de la incomunicación entre los distintos sectores étnico-culturales, el reconocimiento de importantes derechos ciudadanos y un sentido de pertenencia estatal-nacional—, fueron obligados a la involución por la acción de las múltiples crisis.

Por lo dicho anteriormente, es plausible pensar que el fujimorismo sólo sea un *interregno* en el camino de la reconstitución de sujetos políticos que tendrán que ser distintos a los que ya han fracasado o que por lo menos tendrán que recrear de raíz sus formas de relacionarse con la sociedad peruana.⁴⁹ Lo que ya no resulta tan provechoso es seguir entendiendo a Fujimori como un *outsider*. Luego de unos años en el poder, Fujimori se transformó en un *insider*, más aún, él fue *el* poder, aunque después siguiera tratando de redituvar legitimidad desde un discurso a-sistémico. Quizás el término (*outsider*) exprese, inconscientemente, una cierta nostalgia por las formas políticas que colapsaron. Lo que se ubicaba en los márgenes se colocó adentro, y lo que antes era visto como natural después resultó anómalo. Los sentidos variaron profundamente. Quizás sea la expresión de un nuevo tiempo histórico, que algunos señalan como el fin de una época,⁵⁰ y que trae los últimos sacudimientos de una forma civilizadora.

[102]

Si bien la crisis de los partidos políticos es un tema recurrente en los análisis de sociólogos y politólogos en el Perú, existe un peligro: verla exclusivamente en sus aspectos inéditos o novedosos. Un buen antídoto para el deslumbramiento es recurrir a la historia. De momentos pasados similares se pueden extraer algunas consideraciones útiles para entender el presente, sin que ello signifique una mirada “historicista” (sea del tipo “todo tiempo pasado fue mejor”, o que todo es una simple repetición de lo mismo sólo que con otros personajes).⁵¹ Recorrer la historia es un recurso plausible siempre y cuando no cercene la mirada actual y oriente a una visión fatalista.

Con la intención de buscar referencias para comprender mejor al fujimorismo es importante buscar algunos antecedentes en la historia. Por ello, se puede constatar la recurrencia a comparar a Fujimori con Augusto B. Leguía. Otro símil puede ser Guillermo E. Billinghurst, presidente efímero del Perú de septiembre de 1912 a febrero de 1914.

⁴⁹ Queda pendiente un análisis profundo sobre la actuación de los agentes políticos peruanos en el presente siglo.

⁵⁰ Sinesio López. “Fujimori y la crisis de la civilización del siglo xx”. En: Juan Abugattas, Rolando Ames y Silesio López. *Desde el límite. Perú: reflexiones en el umbral de una nueva época*. Lima, Instituto Democracia y Socialismo, 1992.

⁵¹ En este sentido, me encuentro en desacuerdo con la explicación que ofrece Hugo Neira respecto al fujimorismo, al señalar que el autoritarismo encuentra sus raíces en un pasado casi inmemorial. Véase: Hugo Neira. *El mal peruano*. Lima, Sidea, 2000. Me encuentro más cercano a su crítica de esta mirada historicista que encorseta el análisis actual, tal como lo señala en un libro anterior. Véase: Hugo Neira. *Hacia la tercera mitad. Perú xvi-xx. Ensayos de relectura herética*. Lima, Sidea, 1996.

Más allá de las diferentes personalidades de Fujimori y Billinghurst, de sus programas y del carácter de los sistemas políticos en los que surgen, hay algo que permite hacer el paralelismo, y son las coyunturas en las que accedieron al poder. Específicamente, las crisis institucionales que precedieron sus respectivos ingresos a palacio. Ambos lo hicieron en medio de una gran crisis de los partidos establecidos⁵² que cobijó la corrupción en el manejo de la cosa pública, además de la escasa voluntad de los agentes políticos para generar puntos de consenso y asegurar cierta gobernabilidad. En el momento en que Billinghurst se postuló para la presidencia también era un *outsider*, aunque se debe recordar que —a diferencia de Fujimori— ya tenía una trayectoria política previa reconocida (fue vicepresidente durante el gobierno de Piérola entre 1895 y 1899 y también Alcalde de Lima entre 1909 y 1912).

Es curioso constatar que tanto a Billinghurst como a Fujimori se les restaron posibilidades y hasta legitimidad de acceder al poder por el hecho de no pertenecer a una agrupación política reconocida. El comando de campaña del candidato civilista, Antero Aspíllaga, fustigó la candidatura de Billinghurst por ser —en términos actuales— un “independiente”, que buscaba la relación directa con la plebe urbana de su época sin intermediación de los partidos entonces vigentes. Lo mismo sucedió con Fujimori, y aún podemos recordar la incredulidad de los analistas de que un personaje casi sin vida pública llegara a la presidencia del país. Sin embargo, y contra todos los pronósticos, ambos culminaron sus aspiraciones presidenciales. Pero lo que quizás marca la diferencia entre ambos personajes es el desarrollo posterior, los desenlaces políticos de los que cada uno fue protagonista. Mientras Billinghurst fue depuesto por un golpe militar acusado de querer cerrar el parlamento, Fujimori redobló su legitimidad justamente después de cerrar el congreso.

[103]

3.4 Fujimori y el fin del populismo

Pospopulismo y neopopulismo⁵³ son los nuevos términos con los que muchos quieren designar el actual momento político, y no sólo en el Perú. La

⁵² El Partido Civil sufrió una escisión interna que dio origen al Civilismo Independiente; el Partido Constitucional también acusó disputas entre fracciones, cuando la influencia de su máximo dirigente, el general Andrés A. Cáceres, sufría mengua. Por su parte, el Partido Liberal estaba acéfalo por encontrarse en el exilio Augusto Durand, su caudillo. Finalmente, el Partido Demócrata, de Nicolás de Piérola, había perdido su arraigo entre las masas. La imposibilidad de llegar a acuerdos y las fricciones que generalmente desembocaban en intentos llamados “revolucionarios”, provocaron profundas grietas en la institucionalidad vigente. De esa manera, se abrieron las puertas para que ingresara Billinghurst en olor de multitudes. Véase: Osmar Gonzales. *Los orígenes del populismo en el Perú. El gobierno de Guillermo E. Billinghurst*. Lima, Editorial Mundo Nuevo, 2005.

⁵³ Véase: John Crabtree. “Neopopulismo y el fenómeno Fujimori”. En: John Crabtree y Jim Thomas (editores). *El Perú de Fujimori*. Lima, Universidad del Pacífico-Instituto de Estudios Peruanos, 1999. Sobre las debilidades explicativas del concepto neopopulismo véase: Nicolás Lynch. “Neopopulismo, un concepto vacío”. *Socialismo y Participación*, 86, diciembre de 1999.

época de las grandes movilizaciones de masas, de los partidos multitudinarios, de la apasionada entrega al caudillo por parte de una colectividad ha quedado atrás.

En el Perú, los últimos estertores del viejo populismo parecen haber sido aquellos dos primeros años felices de gobierno que vivió Alan García (1985-1987). Después de él la aceptación pragmática hacia el líder fue lo común en las relaciones con la sociedad. La gelidez política se expresó claramente en la figura del presidente Fujimori. No fue capaz de despertar gran entusiasmo y tampoco lo necesitó. Apoyado por un puñado de tecnócratas y, sobre todo, por el ejército y el Servicio de Inteligencia Nacional, el fujimorismo pareció ser la expresión política más acabada de la antipolítica.⁵⁴ Como afirma Benjamin Barber,⁵⁵ el recurso a la antipolítica es apelado por los gobiernos autoritarios para “resolver” los conflictos políticos, justamente, mediante la eliminación de la política. Por eso no resulta tan extraño que los principales actos que le proveyeron sus picos de legitimidad hayan procedido de acciones militares — las capturas del Camarada Gonzalo (líder de Sendero Luminoso) y de Víctor Polay (cabeza del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru), o la liberación de los rehenes cuando el MRTA tomó la embajada de Japón en Perú⁵⁶ o policiales — la captura del estafador público Carlos Manrique y de algunos narcotraficantes. En Cambio, la pobreza, las desigualdades sociales y el estancamiento económico del país no se llegaron a combatir a fondo.

[104]

A la carencia de sensibilidad social del fujimorismo hay que sumarle el desentendimiento del Estado con respecto a ciertas necesidades básicas de una población que está viviendo en crisis ya por más de dos décadas. No obstante, Fujimori debió expresar algo muy sentido entre los peruanos que aún no se alcanza a descifrar plenamente.

Ante una sociedad retraída en la vida privada por temor y angustia y desencantada de la política, la necesidad consistía en cerrar un pasado, aquél que expresó a cabalidad la forma populista de hacer política: la de la

⁵⁴ El fujimorismo como encarnación de la antipolítica ha sido analizado por Nicolás Lynch. Véase: Nicolás Lynch. *Política y antipolítica en el Perú*. Lima, Desco, 2000. Véase también: Carlos Iván Degregori. *La década de la antipolítica. Auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2000. Aunque desde una perspectiva que no comparto, pues no queda claro en su exposición si la antipolítica es resultado del régimen (el fujimorismo) o del sistema político, que es un concepto mucho más amplio.

⁵⁵ Véase: Benjamín Barber. *Op. Cit.*

⁵⁶ El 17 de diciembre de 1996 un comando del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru tomó la embajada del Japón y mantuvo secuestradas por varios meses a setenta personalidades de la vida política peruana. El 22 de abril de 1997, el gobierno, mediante un audaz operativo denominado “Chavín de Huántar” las liberó, pero ajusticiando a los miembros del MRTA quienes ya se habían rendido.

movilización multitudinaria, pero también la de los grandes fracasos. En ese sentido, a Fujimori difícilmente se le podía reconocer como la expresión de un proceso cultural vigoroso en curso. Por el contrario, quizás fue el resultado de una sociedad terriblemente extenuada y a la cual la cosa pública le resultaba secundariamente importante frente a urgencias vitales que tenía que solucionar, como el autoempleo, por ejemplo.

Fujimori no fue la expresión de una sociedad que había fortalecido sus tejidos, sino de una que los había debilitado. Del apoyo movilizado de la masa hacia el caudillo, propio de la era populista, el Perú pasó al apoyo tecnocrático de los poderes fácticos (grupos financieros internacionales y Fuerzas Armadas). Pocas cosas son tan reveladoras del cambio de una época.

En un escenario actual y futuro, el Perú posfujimorista puede ser un campo abierto para la conformación de dos tipos de sociedad y de regímenes políticos opuestos. Por un lado, la consolidación de un régimen plutocrático, donde una élite sumamente cerrada y dura controle las esferas del poder sin mayor consulta sustantiva a la sociedad; en ese tipo de régimen la frialdad tecnocrática orientada por resultados prevalecería sobre necesidades consideradas superfluas —de identidad, por ejemplo. Por otro lado, el posfujimorismo puede significar un proceso de constitución de un sujeto nacional (cholo-mestizo-popular) con capacidad de crear nuevos sistemas de representación política clausurando definitivamente toda una etapa; de ser esto cierto el fin de los llamados partidos tradicionales habrá sido el *lobby* para la aparición de los nuevos, que deberán asumir el reto de representar a la sociedad. Hoy podemos observar que la primera opción ha tomado la iniciativa.

[105]

4. Comentarios finales

Más allá de las disputas al interior de la cúpula que controlaba el poder (presidente, militares, servicio de inteligencia) lo cierto es que éstas se buscaban resolver al interior del propio entorno presidencial. En este equilibrio, el papel de las fuerzas armadas, mejor dicho, de los oficiales adictos al régimen, era determinante.

Al mismo tiempo, se trataba de prever y controlar cualquier intento importante de oposición política al identificar sus principales líderes y tratar de acallarlos, sea vía el chantaje, el soborno o la amenaza. De igual modo, garantizaban que no estallara el descontento social y prevenían cualquier disidencia al interior del cogollo en el poder.

El papel de las fuerzas armadas dentro del fujimorismo expresó un profundo retroceso en cuanto a los niveles de institucionalización y

profesionalización que ellas habían ido adquiriendo desde los años setenta, aproximadamente. Despegarse de su papel de guardianes del orden oligárquico no fue sencillo ni rápido. Incluso, ya en los años ochenta, en plenos gobiernos constitucionales, los militares se ataron las manos y, aunque a regañadientes, aceptaron su sumisión frente al poder civil elegido mediante el voto popular. Sin embargo, desde inicios de los años noventa las fuerzas armadas cobraron un protagonismo político decisivo pero a costa de ser poco profesionales. Al mismo tiempo que existía una abdicación democrática del Estado peruano también es reconocible una abdicación militar de sus funciones profesionales.

No se puede obviar la grave responsabilidad que tuvieron las fuerzas políticas ante la situación descrita. Incapaces de llegar a acuerdos, dejaron abiertas las posibilidades del entronizamiento del autoritarismo fujimorista. Ante la ausencia de una oposición política consolidada le bastó a Fujimori el apoyo de los militares. Estos se restringieron a un papel poco honroso: garantizar la autocracia.

Finalmente, estas relaciones perversas entre el gobierno fujimorista y los militares se explican por la debilidad de las instituciones del Estado peruano, incluidas las de los militares. Febles como son, necesitan de caudillos que las dirijan, aun cuando sea de modo arbitrario.

[106]

Precisamente, en el papel del caudillo —y no del líder— puede estar la posible explicación al fracaso histórico del régimen fujimorista. Luego de la captura de Guzmán, Fujimori contaba con todas las condiciones para ser el gran hombre de Estado que el Perú necesitaba. Había abatido la inflación y derrotado a Sendero Luminoso, es decir, había cumplido con las dos grandes tareas que los gobiernos constitucionales de los ochenta no habían podido ni sabido enfrentar eficazmente. Luego de esos grandes logros, Fujimori pudo haber convocado, con total legitimidad, a conformar un gobierno de unidad nacional que él mismo hubiera dirigido, incluso a pesar del autogolpe del 5 de abril, que contó con amplia legitimidad y respaldo popular. De esta manera, se hubiera puesto en la situación histórica de conducir una transición hacia la democracia —incluso más importante que la de 1979-1980— por una sencilla razón: mientras ésta heredó problemas, la democracia que estaba en condiciones de conducir Fujimori se hubiera asentado sobre un piso de paz social y estabilidad económica. Lamentablemente, el gobierno fujimorista nació revestido con atuendos militares y sin márgenes reales de autonomía. Fujimori se sintió a gusto, como todo buen caudillo, usando el poder como un coto privado, y dejó en evidencia su escasa mirada de estadista. En otras palabras, prefirió la parafernalia del caudillo a la sencillez y modestia del gran gobernante, trayendo como consecuencia que la consolidación de un sistema político democrático se postergara una vez más, ya hasta el día de hoy, en el Perú.

Referencias Bibliográficas

Barber, Benjamin. "Democracia fuerte. Un marco conceptual: política de la participación". En: Rafael del Águila y Fernando Vallespín (coordinadores). *La democracia en sus textos*, Madrid, Alianza, 1998.

Bueno, Eduardo. "El ausentismo parlamentario de 1947". En: José Barba Caballero (coordinador). *En defensa del aprismo*. Lima, Galaxia, 1979.

Burga, Manuel y Alberto Flores Galindo. *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*. Lima: Rikchay, 1980.

Cotler, Julio. "El incierto futuro de los partidos políticos". En: Julio Cotler (editor). *Perú. 1964-1994. Economía, sociedad y política*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1995.

—, "Crisis política, 'outsiders' y democraduras: el 'fujimorismo'". En: Carina Perelli, Sonia Picado y Daniel Zovatto (compiladores). *Partidos y clase política en América Latina en los 90*. San José, Costa Rica, IIDH-CAPEL, 1995.

Crabtree, John. "Neopopulismo y el fenómeno Fujimori". En: John Crabtree y Jim Thomas (editores). *El Perú de Fujimori*. Lima, Universidad del Pacífico-Instituto de Estudios Peruanos, 1999.

Degregori, Carlos Iván. *La década de la antipolítica. Auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2000.

—, y Romeo Grompone. *Elecciones 1990. Demonios y redentores en el nuevo Perú. Una tragedia a dos vueltas*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1991.

—, y Carlos Rivera. *Perú 1980-1993: Fuerzas Armadas, subversión y democracia*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1994.

—, et al. *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1996.

Franco, Carlos (coordinador). *El Perú de Velasco*. Lima, Cedep, 1983.

Gonzales de Olarte, Efraín. *El neoliberalismo a la peruana. Economía política del ajuste estructural 1990-1997*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1998.

Gonzales, Osmar. "Estado y Derechos Humanos en Perú 1980-1997". *Iztapalapa*, 46, julio-diciembre de 1999.

—, *Los orígenes del populismo en el Perú. El gobierno de Guillermo E. Billinghurst*. Lima, Editorial Mundo Nuevo, 2005.

Gorriti, Gustavo. "Montesinos: la sombra del régimen". *Gatopardo*, 1, abril de 2000.

Grompone, Romeo. "Al día siguiente: el fujimorismo como proyecto inconcluso de transformación política y social". En: Julio Cotler y Romeo Grompone (compiladores). *El fujimorismo, ascenso y caída de un régimen autoritario*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2000.

[107]

Landi, Oscar. "Outsiders, nuevos caudillos y *media politics*". En: Carina Perelli, Sonia Picado y Daniel Zovatto (compiladores). *Partidos y clase política en América Latina en los 90*. San José, Costa Rica, IIDH-CAPEL, 1995.

Lechner, Norbert. "La reforma del Estado y el problema de la conducción política". *Perfiles Latinoamericanos*, 7. México, Flacso, diciembre de 1995.

—, "¿Por qué la política ya no es lo que fue?". *Nexos*, 216. México, diciembre de 1995.

López, Sinesio. *Ciudadanos imaginarios y reales*. Lima, Instituto Diálogo y Propuesta, 1997.

—, "Fujimori y la crisis de la civilización del siglo xx". En: Juan Abugattas, Rolando Ames y Silesio López *Desde el límite. Perú: reflexiones en el umbral de una nueva época*. Lima, Instituto Democracia y Socialismo, 1992.

Lynch, Nicolás. *La transición conservadora*. Lima, El Zorro de Abajo, 1992.

—, "Neopopulismo, un concepto vacío". *Socialismo y Participación*, 86, diciembre de 1999.

—, *Política y antipolítica en el Perú*. Lima, Desco, 2000.

—, *Una tragedia sin héroes. La derrota de los partidos y el origen de los independientes. Perú 1980-1992*. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1999

Masterson, Daniel M.. *Militarism and Politics in Latin America. Peru from Sánchez Cerro to Sendero Luminoso*. Westport, Greenwood Press, 1991.

Morlino, Leonardo. *Cómo cambian los regímenes políticos. Instrumentos de análisis*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1985

Neira, Hugo. *El mal peruano*. Lima, Sidea, 2000.

—, *Hacia la tercera mitad. Perú XVI-XX. Ensayos de relectura herética*. Lima, Sidea, 1996.

Obando, Enrique. "Fujimori y las Fuerzas Armadas". En: John Crabtree y Jim Tomas (editores). *El Perú de Fujimori*. Lima, Universidad del Pacífico-Instituto de Estudios Peruanos, 1999.

—, "El poder de los militares". En: Augusto Álvarez Rodrich (editor). *El poder en el Perú*, Lima, Apoyo, 1993.

Perelli, Carina y Daniel Zovatto, "Introducción: partidos, liderazgos y consolidación democrática en América Latina". En: Carina Perelli, Sonia Picado y Daniel Zovatto (compiladores). *Partidos y clase política en América Latina en los 90*. San José, Costa Rica, IIDH-CAPEL, 1995.

Planas, Pedro. "Perú: democracia empírica y valores autoritarios". *Nueva Sociedad*, 134, Caracas, Nueva Sociedad, diciembre de 1994.

Poole, Deborah y Gerardo Rénique. "Movimiento popular, transición democrática y la caída de Fujimori" [En línea], 2000, disponible en: <http://www.ciberayllu.com>, consulta: noviembre de 2000.

Portocarrero, Gonzalo. *De Bustamante a Odría. El fracaso del Frente Democrático Nacional, 1945-1950*. Lima, Mosca Azul, 1983.

Quero, Morgan. "De la crisis de representación al montaje simbólico del poder: el caso del Perú". En: Ricardo Forte y Guillermo Guajardo (coordinadores con la colaboración de María Luna). *Consenso y coacción. Estado e instrumentos de control político y social en México y América Latina (siglos XIX y XX)*. México, El Colegio de México, 2000.

Rodríguez, Jorge. *Los militares y el poder. Un ensayo sobre las doctrinas militares en el Perú, 1948-1968*. Lima, Mosca Azul, 1983.

Rospigliosi, Fernando. *Montesinos y las fuerzas armadas. Cómo controló durante una década las instituciones militares*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2000.

—, *Las Fuerzas Armadas y el 5 de abril. La percepción de la amenaza subversiva como una motivación golpista*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1994.

s. a., *Cuestión de Estado*. Lima, Instituto Democracia y Socialismo, 1992, separata especial.

Sánchez, Juan Martín. "Fujimori: de la fortuna a la fama o cómo reinventar la democracia". En: J. Raúl Navarro García (editor). *Sistemas políticos y procesos de integración económica en América Latina*. San Juan de Puerto Rico, Ediciones del Puerto, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1997.

—, *La revolución peruana: teoría y práctica política de un gobierno militar, 1968-1975*. Sevilla, CSIC, Universidad de Sevilla, Diputación de Sevilla, 2002.

Sánchez-Parga, José. "¿Por qué la política ya no es lo que era?". *Ecuador Debate*, 36, Quito, 1995.

Sartori, Giovanni. *Homo viden*. Madrid, Taurus, 1998.

Tanaka, Martín. "La consolidación democrática y la crisis de legitimidad de los sistemas de partidos en la América Latina de los noventa". En: *Perfiles Latinoamericanos*, 4 (6), México, Flacso, junio de 1995.

Tapia, Carlos. *Las fuerzas armadas, Sendero Luminoso. Dos estrategias y un final*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1997.

Tuesta, Fernando. *Sistemas de partidos políticos en el Perú (1978- 1995)*. Lima, Fundación Friedrich Ebert, 1995.

Vallespín, Fernando. *El futuro de la política*. Madrid, Taurus, 2000.

—, "El discurso de la democracia radical" En: Rafael del Águila y Fernando Vallespín (coordinadores). *La democracia en sus textos*. Madrid, Alianza Editorial, 1998.

Vargas, Álvaro. *En el reino del espanto*. México, Grijalbo, 2000.

Villanueva, Víctor. *100 años del ejército peruano: frustraciones y cambios*. Lima: Juan Mejía Baca, 1971.

Zolo, Danilo. "Complejidad, poder, democracia". En: Marco Cupolo. *Sistemas políticos: términos conceptuales del debate italiano*. México, UAM Azcapotzalco, 1990.